

ir que quedar lisiado

J. C. Furnas

(inserte *Repentina*). New York, 1936.

la ruleta, jugar a la lotería y a gran velocidad, en automóvil, son ariesgarse. Pero hay alguna vez que si sale el 36, se cobra la apuesta, sea uno el gordo, enriquece por un cambio, al entrar en la curva, se «juega» sus propios huesos, se vuelve nervioso, *contra* el coche que se maneja: está apostando todo cuanto

quién apuesta? Contra la muerte, violenta y desgarradora. Pero a la mañana siguiente los días las personas están «gravemente» lisiada que el empleo constante de la máquina toda significación. Un médico la dejará como nueva; la comprará la póliza y asunto concluido. El médico le reintegrará los pedazos. El lisiado por la cirugía moderna, se recupera pronto; pero la carne y la vida un ataque brutal de un accidente adquieren la desagradable costumbre en su dueño que las expuso al azar. Si no suerte, muere instantáneamente sin ninguna complicación; pero si gana a saber que una calamidad

a 90 kilómetros, al entrar en la fuerza centrífuga los había arras-

trado unos centímetros más allá del centro del camino, y el tipo que venía en sentido contrario corría como bala. Fue uno de esos choques angulares, de tope, en que el carro que va más despacio sale disparado oblicuamente y va a clavarse en la barranca. Dos pasajeros, inconscientes, sangrantes, han sido recogidos rápidamente por la ambulancia. Ya iban a partir cuando el policía descubrió al tercero.

Estaba doblado como una vara rota por la mitad, y encajado en la estrecha ventanilla trasera del coche estrellado, con la cabeza entre las rodillas. No se atrevieron a enderezarlo en el camino al hospital. Estaba vivo y despierto; la mejor prueba de ello es que trató de apoderarse de la pistola del policía, para matarse. Sabía que tenía rota la espina y prefería morir antes que lo tocaran.

El cirujano de la ambulancia también lo sabía, pero cuando le arrancaron las ropas, retrocedió horrorizado. Era uno de esos casos que los maestros de Medicina muestran a los estudiantes de primer año, para templar su carácter. La espina estaba a flor de piel, doblada en ángulo agudo, y la punta pelada había atravesado la epidermis, como una horrible cola de hueso.

Gracias a los doctores, ese hombre vive aún. El doctor comenzará por decirnos que es una fortuna que sobreviva un hombre con la espina rota; pero luego se detendrá a pensar si en realidad es una fortuna la de su paciente. Lo han operado 25 veces. Sufre sin cesar agudos dolores y está paralizado de la cintura para abajo. El año pasado lo dejaron jugar *poker*, sentado en un sillón, con algunos viejos amigos, toda una noche, como solía hacerlo antes de rebasar el centro del camino al tomar la curva. Estuvo tan animado que casi olvidaron que era un